Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos que en él aparecen son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas, en vida o fallecidas, sucesos y lugares es pura coincidencia.

Título original: *A Child for The Reich*

© 2022, Andie Newton. Publicado por primera vez en Gran Bretaña en formato *ebook* por HarperCollins*Publishers*.
© 2025, de la traducción por Genís Monrabà Bueno
© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-71-2
Código IBIC: FA
DL: B 6.003-2025

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Sergi Godia

Impreso en septiembre de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Andie Newton

La hija secreta del Reich

Traducción de Genís Monrabà Bueno

Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

Para Matt, Zane y Drew

El carácter de la humanidad depende del de sus madres... y la nación checa ya tuvo, y aún tiene hoy, a sus madres heroínas.

PAVLA MOUDRÁ, 1932

Prólogo

Alemania nazi, octubre de 1944

Se oía el tictac del reloj de sobremesa. Greta Strohm nunca pensó que ese día fuera a llegar. Apoyó la frente en la cálida ventana de su salón, cerró los ojos y, para tranquilizarse y recuperar la confianza en el plan, pensó en el suave y brillante pelo rubio de su bebé recién nacido.

Se había pasado semanas acondicionando la habitación, cosiendo ella misma las colchas para el bebé con la mejor lana alemana disponible. Había cosido muchas más de las que cualquier niño podía necesitar. Había aireado los suaves jerséis de algodón solo para volverlos a meter en los cajones perfumados de vainilla. Había colgado con precisión los cuadros de esos niños bailando en el prado con ropa tradicional. Había colocado meticulosamente en la estantería los botes de cristal con talco, las esponjas para el baño y los sonajeros que habían llegado justo esa misma mañana.

Como no había dejado de repetirse, ese era un hogar por el que estaría dispuesta a entregar la vida.

Cuando el tintineo del reloj anunció el inicio de una nueva hora, abrió los ojos. De forma inconsciente se ajustó el reloj de pulsera. «Deberían haber llegado». Mientras daba vueltas por la habitación alfombrada, frotándose nerviosamente las manos y pensando en todas las mentiras que había dicho, oyó el ruido de los neumáticos deslizándose por el camino de grava de la finca.

Greta descorrió las cortinas de golpe; ya no había vuelta atrás.

El coche se detuvo y, mientras lo contemplaba expectante, se abrió una de las puertas. En el asiento trasero, distinguió la sombría silueta de la enfermera sosteniendo en brazos a su nuevo bebé.

En la puerta principal, Greta se tomó unos segundos para recomponerse, secarse la frente y abanicarse el cuello. Después de todo, se había ganado a pulso una reputación. Era la mujer de Ludwig Strohm, un conocido miembro del partido, y nadie podía verla despeinada. Enroscó los dedos en el pomo, respiró hondo y abrió la puerta.

La enfermera, con una sonrisa radiante, entró en su casa con el bebé en brazos.

–Frau Strohm, su nuevo hijo.

Greta lo arropó en sus brazos con la respiración agitada. No estaba preparada, aunque ya debería saberlo. La enfermera empezó a explicarle cómo tenía que cuidarlo mientras depositaba la bolsa con todas las cosas para el bebé. Sin embargo, sus palabras cayeron en balde. Greta besó los deditos del bebé y todos los nervios se desvanecieron.

La enfermera sacó un biberón de la bolsa junto con algunas toallas pequeñas antes de extraer un libro que colocó en la mesa auxiliar.

–Siempre pedimos a los padres adoptivos que sigan la guía de maternidad de Johanna Haarer…

–Estoy bien –respondió Greta, alejándose de la enfermera–. Puede retirarse.

La aspereza de estas palabras cogió por sorpresa a la enfermera y frunció el ceño. Luego, escudriñó el salón y le preguntó a Frau Strohm por su marido, pero Greta hizo caso omiso y acercó el rostro hacia el bebé mientras lo arrullaba.

La enfermera apretó los labios.

–De acuerdo –respondió mientras se alejaba y abandonaba la casa pisando fuerte con los tacones.

Greta hundió la nariz en el pliegue del cuello del bebé y respiró profundamente: su piel era increíblemente suave. De pronto, escuchó un crujido dentro de la manta.

Esto no formaba parte del plan, ese que había repasado cuidadosamente una y otra vez en su cabeza. Finalmente, el coche arrancó y rodeó la fuente para dar media vuelta, levantando una gran nube de polvo y algunos guijarros. Aunque no podía estar segura, Greta pensó que la enfermera estaba observándola desde dentro, estudiando sus movimientos a través del polvo.

Greta tumbó al bebé en el canapé y desenvolvió la manta. En cuanto lo sacó, el bebé se revolvió y estiró sus regordetas piernas. Había una nota en su espalda. Se quedó inmóvil mirando el papel arrugado que tenía en la mano, intentando ignorar el enfermizo pánico que sentía antes de desplegarlo.

–No… –dijo mientras leía mirando hacia la enfermera, que se alejaba en el coche–. No puede ser…

Le fallaron las piernas y, mientras se desplomaba en el canapé, el bebé empezó a llorar.

El mensaje era claro, inequívoco, e iba dirigido a ella.

Conozco tu secreto.

Protectorado alemán de Bohemia y Moravia, junio de 1944

Capítulo 1

Hundí la pala en la tierra del jardín y Ema se arrodilló cerca de mí, arrastrando su bolsa de semillas. El sol brillaba intensamente por primera vez en muchos días y en algún lugar entre el tercer hoyo y el último, con una suave brisa silbando a través de los tilos y el sol calentándome la espalda, me había sumergido en otro mundo, uno donde los pensamientos y la respiración se escurrían como polvo en un reloj de arena. Le retiré a Ema un mechón de pelo dorado por detrás de la oreja mientras ella se reía, disfrutando como un escurridizo gusano de tierra.

–¿Alguna vez te he contado la historia de la actriz? Era de Praga –dije y Ema negó con la cabeza, limpiándose la tierra de las manos–. ¿Te gustaría oírla?

–¿Sucedió antes de que llegaran?

Ella nunca hablaba mal del Reich fuera de casa, ni siquiera cuando estábamos en el jardín. Era nuestra regla.

–Por supuesto –respondí–. Ocurrió mucho antes.

Le di una palmadita en la rodilla y nos dirigimos al siguiente tramo de tierra. Cavé otro hoyo y Ema dejó caer algunas semillas mientras yo hablaba:

–La historia empieza cuando la mujer todavía era una chica. Entonces, tendría dieciocho años. Todos los teatros locales querían que actuara en sus obras. Su pelo era castaño y, cuando se ponía el sol, se tornaba de un color más cálido, casi dorado. –Ema se agarró un mechón y lo observó–. Era un día importante para ella porque tenía una sesión de fotos con un famoso fotógrafo. Se había pasado toda la mañana

arreglándose el pelo, retocándose el maquillaje y pintándose los labios –dije.

Los ojos de Ema brillaban, adoraba los pintalabios.

–¿Era una celebridad?

–No, pero todo el mundo le decía que era hermosa. Muy hermosa –respondí, mientras Ema se quedaba con la boca abierta.

–¿Cómo se llamaba? –preguntó.

Nunca le confesaría su verdadero nombre.

–Imogene. –Ella arrugó la nariz–. ¿Ema? –pregunté con suspicacia–. ¿Querías que se llamara como tú? –Ema asintió y le acaricié la espalda, palpando la fina tela de su vestido–. De acuerdo. Se llamaba Ema y tenía unas pestañas enormes y frondosas que abanicaban sus ojos.

–Como tú, mamá –añadió, arrancándome una sonrisa.

–Como yo –respondí, indicándole con un gesto que echara otra semilla.

Luego, seguí hablando sobre la mujer de Praga, que no se imaginaba que ese mismo día conocería al hombre de sus sueños. La voz asustada de mi hermana interrumpió el relato desde el otro lado de la colina.

La pala se me resbaló de las manos.

–¿Mamá? –dijo Ema, agarrándose a mi falda.

De pronto, me vi arrastrada al hermetismo que imperaba en nuestra vida cotidiana, una vida sin historias o devaneos al calor del sol, una vida donde la tierra, caliente y granulada, se me pegaba a la piel.

–¿Dime? –contesté, cerrando los ojos brevemente, sabiendo que solo había una razón por la cual mi hermana se atrevería a gritar mi nombre en público donde todos los vecinos pudieran escucharlo.

–Son noticias de papá, ¿verdad?

Los ojos de Ema lucían azul cristalino, inocentes, asustados.

–No lo sé –dije, intentando mantener la calma mientras las lágrimas se derramaban por mis mejillas y caían al suelo.

En un intento desesperado por viajar en el tiempo y recu-

perar la calma anterior, cavé otro hoyo en la tierra, con el rostro compungido, secándome las lágrimas con el dorso de la mano.

–Coloca la semilla –dije, mirando fijamente el agujero.

Ema se había quedado helada.

–Planta la semilla, Ema –repetí al tiempo que mi hermana volvía a llamarme.

Ema tomó una de las semillas que se habían derramado por el suelo y, de mala gana, con los deditos temblando, la echó al hoyo.

Con las palmas de la mano, la cubrí con un puñado de tierra.

–Pero, mamá –repuso Ema mientras yo golpeaba el montón de tierra–. La tía Dasa…

Eché un vistazo a nuestra casa por encima del hombro; el porche desvencijado, las macetas rotas, la pintura desconchada. Me entregué a la escurridiza esperanza de que nuestros maridos regresaran algún día, vivos. Según algunos rumores, los habían arrestado. Según otros se habían escapado. Hacía tres años que se habían unido a la Resistencia. Tres aniversarios, tres cumpleaños y tres veranos viviendo por nuestra cuenta en la Bohemia ocupada.

Le di un golpecito en el brazo a Ema para que se levantara.

–Vamos, cariño –dije.

Ella buscó refugio detrás de mi falda.

–¡Dasa! –grité, reuniendo fuerzas, habitando todavía un mundo en el que mi esposo respiraba–. Estamos aquí.

Sabía que Ema podía oír el temblor de mi voz, así que bajé la mirada, le aparté los cabellos de la frente y le aseguré que todo iba bien a pesar de que era consciente de que no era así, que nuestras vidas estaban a punto de cambiar, de nuevo, para peor. Me pregunté cuánto más podríamos aguantar. Los alemanes habían enviado a mi padre a las minas y, luego, lo habían ejecutado por robar el carbón del Reich. Mi madre apenas pudo soportarlo. Solo quedó un simple reflejo de lo que había sido y se había pasado el resto del tiempo en la cama rogando para que la muerte fuera a buscarla.

–Sé fuerte –le decía para consolarla, pero, al mismo tiempo, no sabía de dónde sacar las fuerzas para seguir adelante.

Dasa descendió la colina a toda prisa, agitando los brazos para agarrar con firmeza los laterales de la falda, por si acaso los vecinos estaban al acecho. El corazón me golpeaba el pecho a la espera de que estuviera lo suficientemente cerca para contarme el destino de nuestros esposos.

Había imaginado ese momento muchas veces, pero en ninguna de ellas me hallaba en el jardín con Ema. Siempre imaginé que esa noticia, la muerte de mi marido, me alcanzaría mientras vendíamos verduras en la plaza, en nuestro puesto del mercado. Ema estaría detrás de mí, metiendo zanahorias en una bolsa, y un extraño me daría una nota con las últimas palabras de mi esposo en lugar de dinero.

Era más de lo que recibían la mayoría de las viudas.

Dasa atravesó rápidamente los surcos del jardín, sacudiendo la cabeza y limpiándose la nariz. Justo cuando creía que estaba a punto de pronunciar esas palabras terribles, se me echó encima, sujetándome las mangas con ambas manos.

–Anna –dijo, inclinando la cabeza y respirando con dificultad.

–Dilo.

«Está muerto. Están muertos». Tragué saliva y noté un nudo en la garganta. Los brazos me temblaban. Mi hija tiraba hacia abajo de mi delantal. Entrecerré los ojos.

–¡Dilo!

Estaba furiosa con mi hermana por despertar ese dolor. No, llevar un cuchillo clavado en el corazón no era suficiente, ahora las noticias me lo arrancarían lentamente del pecho.

–Por el amor de Dios…

–Necesito tu ayuda –dijo ella.

Abrí los ojos de golpe.

–¿Cómo? –respondí mientras ella intentaba que la acompañara.

Me negué a moverme.

–Dasa, no me hagas esperar. ¿Se trata de nuestros esposos?

Ella sacudió la cabeza, inmóvil, y entonces me doblé por

la mitad y solté un torrente de sollozos y gemidos entrecortados.

–Tenemos que darnos prisa –dijo, intentando arrastrarme para dar un paseo.

–Espera, Dasa…

Mi cuerpo aún estaba temblando. No se trataba de nuestros maridos. Necesitaba un segundo para recuperar la compostura y devolver la vida a mis extremidades. Me llevé la mano al pecho.

Dasa se quitó el pañuelo de la cabeza y su pelo castaño se derramó por sus hombros. Tenía la mirada ausente, como si mirara por encima del hombro, hacia la carretera, mucho más allá de mi propiedad. Fue entonces cuando me di cuenta de que sus hijas no estaban con ella. La agarré por el brazo.

–¿Dónde están tus hijas?

Nunca la había visto fuera de casa sin al menos una de las tres niñas detrás de ella. Como no obtuve respuesta, la zarandeé un poco.

–Dasa…

–A salvo –respondió–. En casa, con el bebé.

Esto último lo dijo entre susurros. Era otro de nuestros secretos.

La gente de la calle se había detenido a curiosear, algunos, incluso, desmontaron de sus bicicletas. Varias persianas se abrieron por el eco de nuestras voces.

–Vamos –dijo Dasa, tirando de mí para que empezara a andar.

Nos dirigimos colina arriba, sorteando las flores de manzanilla que todavía nadie había recogido, y bajamos por el otro lado hasta su granja abandonada. Como no me daba suficiente prisa a través de la maraña de setos que había sustituido al pasto verde, me agarró por el codo y, entonces, pude ver sus manos: estaban manchadas de sangre e inmediatamente trató de ocultarlas detrás de la espalda.

–Hermana –dije–. ¿Qué has hecho?

Me quedé completamente quieta entre los arbustos, cu-

briéndome la boca y esperando una respuesta. Ella, incapaz de aguantarme la mirada, apartó los ojos hacia el campo.

Ema me tiró de la falda por detrás y me di la vuelta como si no existiera el mal en el mundo.

–Ema, cariño –dije, ajustando el cuello de su vestido y alisando sus mechones de pelo–. ¿Quieres jugar a un juego?

Su rostro se ensombreció. Era algo que ya habíamos practicado. Una orden que no admitía debate. Un lenguaje secreto. «Jugar a un juego».

–Jugaremos al escondite inglés, ¿de acuerdo? Ve a casa de la tía Dasa y cierra la puerta. Tus primas están ahí. Ocurra lo que ocurra, no salgas. ¿Entendido? –Ema asintió–. Vendré a buscarte más tarde.

–Tu abuela también está ahí –añadió Dasa.

–Vamos, cariño –dije dándole unas palmadas en el trasero.

Ema salió corriendo por el prado marrón hacia la casa de Dasa. Esperé hasta que alcanzó la puerta y la cerró detrás de sí. Luego, me di la vuelta hacia mi hermana, que respiraba con tanta dificultad que apenas podía cruzar los brazos.

–He hecho lo que tenía que hacer –dijo–. No podía… No quería…

–Cuéntame exactamente qué ha ocurrido.

–Los alemanes vinieron a por mis niños –espetó Dasa.

Me quede boquiabierta y me giré para echar un vistazo a su casa, a la calle. Todo estaba igual, nada había cambiado.

La agarré con fuerza por el antebrazo, obligándola a mirarme a los ojos.

–¿Fueron a tu casa? ¿Iban en un camión? Si hubiera sido así, habría oído el estruendo.

Dasa era incapaz de mantener los ojos en un punto fijo.

–No, no ocurrió de ese modo.

–¿Qué ha pasado? –dije con tono inquisitivo.

–Había una mujer. Yo le pedí a Brigita que cogiera un tomate para almorzar, porque es la mayor. La más pequeña vino detrás de mí, porque siempre me sigue. –Dasa revolvía su pañuelo entre las manos mientras hablaba–. Son tan rojos, tan sabro-

sos. Solo quería que los niños probaran algo delicioso. Les di la espalda un solo momento –añadió, levantando un dedo y tomando aire tras contener la respiración–. Solo un momento.

–Dasa, ¿qué quieres decir? –pregunté, pero antes de que pudiera responder se desvaneció en mis brazos como una planta sin vida–. ¡Dasa! –grité al tiempo que la sacudía–. ¡Mírame!

Ella señaló su granero desvencijado.

–Ahí.

Eso fue todo lo que dijo y mis ojos se desplazaron hacia el granero, hacia la puerta cerrada. La última vez que había visto esa puerta cerrada fue cuando ella tenía vacas, pero habían pasado muchos años desde entonces, desde que los alemanes se llevaron todo su ganado.

Me siguió por entre los arbustos, frotándose las manos, una y otra vez, murmurando algo parecido a que no había tenido otra opción.

–Abre la puerta, Dasa.

Me quedé frente a la puerta, mirando fijamente la oscuridad de la pequeña grieta de la puerta. Todo parecía tranquilo.

Agarró el pomo lentamente.

–Toqué el timbre desesperadamente –dijo mientras hacía sonar una campana imaginaria en el aire– y los niños entraron corriendo. Yo… yo…

Respiré profundamente, intentando mantener la calma. Pero era imposible que una persona pudiera estar preparada para eso.

–Dasa –dije con los brazos en jarras–. Ábrela.

Ella cerró los ojos y luego abrió la oxidada puerta del granero.

Capítulo 2

Entramos en el interior abrazadas. Lo primero que vislumbré fueron los zapatos iluminados por la luz del sol, entre las sombras alargadas de mi hermana y yo. Luego, unas medias que cubrían unas gruesas piernas. Y, finalmente, la falda y el delantal de un cuerpo inerme.

–Creo que la he matado –dijo Dasa.

Me tapé la boca, sabiendo que nunca más podría sumergirme en ningún reloj de arena imaginario. Nuestras vidas acababan de dar un vuelco para siempre.

–Vino para llevarse a mis niñas. Brigita me dijo que le había preguntado cuántos hermanos y hermanas tenía y si había más niños como ella en esta calle.

–Los rumores son ciertos –balbucí–. Las Hermanas Brown…

Me incliné hacia delante para verla mejor. Su pelo rubio, antes recogido en un moño, ahora lucía enmarañado en su cabeza y apenas cubría la oreja ensangrentada donde Dasa la había golpeado. Una abeja entró zumbando por el hueco de la puerta y se posó en su mano.

–¿Por qué nosotros? –preguntó Dasa–. ¿Cómo llegó hasta mi granja? Si somos muy reservados.

–No lo sé.

Los rumores de que las temidas Hermanas Brown del Reich se llevaban a nuestros niños eran como una advertencia al final de un cuento de hadas. No sabíamos qué creer, porque ese tipo de historias a menudo circulaban por el pueblo como la brisa entre los árboles. Sin embargo, todos los rumores con-

taban la misma historia. El Reich quería niños que parecieran arios para criarlos como si fueran suyos.

Dasa me soltó la mano para rodear el cuerpo, frotándose los brazos como si sintiera frío, sin quitar los ojos de la enfermera, que yacía con los suyos entreabiertos y los labios pintados.

–Anna… –dijo–. ¿Qué voy a hacer? Está muerta. Yo la maté. Porque está muerta, ¿verdad?

Le di un golpecito en la punta del pie, pero no podía estar segura. Nunca había tocado un cadáver. Me arrodillé para comprobar si respiraba.

–Creo que sí –dije y el cuerpo de Dasa se estremeció–. ¿Lo sabe Matka?

–La arrastré por el campo después de… –Tragó saliva–. Cuando le pedí que vigilara a los niños, Matka no hizo ninguna pregunta. –Miró hacia el exterior del granero, donde todo estaba quieto y tranquilo, normal, con los pájaros sobrevolando el campo–. ¿Y si alguno de los vecinos me ha visto?

–Si alguien te ha visto, lo sabremos enseguida –respondí.

Teníamos que andarnos con cuidado. Desde ese instante en adelante, tendríamos que actuar como si alguien estuviera vigilándonos de cerca todo el rato, es decir, vigilándonos todavía más, porque sabía nuestro secreto. Ese tipo de secretos tenían un precio muy alto. La comida que almacenábamos en nuestra bodega estaba en peligro, nuestras casas, lo que quedaba de nuestras joyas, las que los alemanes no robaron. Incluso nuestros cuerpos.

–Josef Danek –dije en voz alta–. Fíjate dónde hemos llegado.

Mi esposo Josef fue el que convenció al marido de Dasa para abandonarnos a todos y defender el país. Pensó con el corazón y, en tiempos de guerra, a veces debes pensar con la cabeza. En ocasiones, dejar a su suerte a tu esposa e hija parecía una tortura cruel e innecesaria. Lo culpaba por nuestras desgracias. Lo culpaba porque, el año anterior, el marido de Dasa había ido a visitarla una noche y le había dejado otro bebé para que se acordara de él. Lo culpaba porque cuando mi padre murió nos quedamos sin ingresos. Lo culpaba porque cada maldita

mañana me preguntaba si se había despertado con vida en algún lugar o nunca más sería capaz de abrir los ojos.

–¿Qué vamos a hacer, Anna? –preguntó Dasa.

Me llevé la mano a la frente y di algunos pasos, inhalando el aire cálido del día.

–La Resistencia. Nuestro primo Tomas –respondí–. Podemos pedirle ayuda.

–No sabemos dónde está –apuntó Dasa.

Con todo, pensé que debíamos averiguarlo. Tomas y sus rebeldes se escondían en las catacumbas de Tábor. Intentar encontrar una de sus entradas secretas sería un auténtico reto, muy arriesgado. Sin embargo, si había alguna razón para buscarlas, pensé que esa era una de peso.

Dasa se dio la vuelta bruscamente.

–Tenemos que enterrarla en el jardín –dijo, con los dedos ensortijados.

Pero negué con la cabeza, no me parecía una buena idea. Tendríamos que esperar hasta la madrugada y todavía quedaban muchas horas por delante.

–Por favor, Anna –insistió con la voz afilada–. No se me ocurre otra cosa y los niños…

Me acerqué a ella y la abracé con fuerza.

–Está bien, la enterraremos. Pero a medianoche.

Arrastramos el cadáver hacia un rincón oscuro y húmedo, detrás de las balas de heno, para ocultarlo de la vista. Las moscas seguían nuestros pasos, revoloteando alrededor del cuerpo. Mientras echábamos heno en las extremidades de la mujer muerta, algunas aterrizaban sobre su pelo. Cuando estaba prácticamente cubierta, cuando el último de sus dedos estaba a punto de desaparecer debajo la paja, Dasa se cruzó de brazos.

–¿Y ahora qué?

Cerré los ojos, tenía el estómago revuelto.

–Reza para que las horas pasen rápido, hermana. Los rumores vuelan y el Reich sabe cómo sonsacar la verdad a los vecinos.

Nos dirigimos hacia la casa de Dasa sin mediar palabra, observando la calle, mirando a derecha e izquierda en busca de más Hermanas Brown. La distancia entre el granero y la casa nunca me había parecido tan larga; un granero nunca debería levantarse tan lejos de la casa principal. Cruzamos el gallinero y llegamos a la puerta principal, donde Dasa recogió una piedra que parecía fuera de lugar en el camino de tierra.

–¡Aquí está! –dijo, enseñándomela.

Dejé escapar un gemido, estaba salpicada con sangre.

–Esta es la… –balbucí, llevándome la mano a la boca mientras ella asentía.

Las gallinas agitaban sus plumas, cacareando al oír nuestras voces.

–Busca un lugar para esconderla –añadí, mirando si alguien nos estaba observando.

Dasa intentó esconder la piedra entre sus manos sin tocar la mancha de sangre.

–¿Qué le contaremos a Matka?

–Nada –respondí–. Seguro que te dirá que has traído la desgracia al umbral de tu casa. Y es posible que tenga razón. Aquello que desconoces no puede hacerte daño.

–Pero la piedra –dijo, alejándose–. ¿Qué voy a hacer?

La puerta de entrada estaba abierta y Dasa ocultó la piedra detrás de la espalda entre los pliegues de la falda.

Matka nos lanzó una mirada suspicaz desde la puerta.

–¿Qué os traéis entre manos? –preguntó. Detrás, las gallinas corrieron despavoridas por culpa de una ráfaga de viento–. ¿Por qué me habéis sacado de la cama para cuidar de vuestros hijos? Yo estaba perfectamente bien sola, deseando estar muerta junto a tu padre. Estáis tramando algo –añadió, mirándonos de arriba abajo–. ¿Qué habéis hecho?

Nuestra madre era una mujer confiada, pero, después de que el Tercer Reich tomara Praga, creía que todo el mundo la perseguía, le mentía o, de alguna forma, le ocultaba información. Había elaborado una lista de amigos alemanes, amistades de toda la vida, y, cada vez que uno de ellos le daba

la espalda, tachaba su nombre. Al cabo, se había quedado sin amigos.

–Solo estamos pasando el rato –dije.

Matka me escudriñó de nuevo. Dasa miraba al suelo con la piedra detrás de su espalda mientras las gallinas picoteaban algunas semillas cerca de sus pies.

–¿Qué crees que estamos haciendo?

Ema asomó la cabeza por detrás de la falda de Matka, con el pulgar metido en la boca.

–¿Mamá?

Extendí los brazos y Ema se abalanzó sobre mí y me dio un beso.

–Vamos adentro –indiqué, empujando hacia el interior de la casa a las hijas de Dasa, que también pretendían salir a recibirnos.

Pero Matka seguía plantada en la puerta, observándonos con sus pequeños ojos brillantes. Dasa se abrió paso por delante de ella y, para mi disgusto, todavía tenía agarrada la piedra ensangrentada a su espalda. Pensaba meterla dentro de casa.

Las hijas de Dasa corrían en círculos por la habitación, jugando entre ellas, agobiadas por estar encerradas un día tan caluroso. Matka intentaba poner paz. Me volví hacia Dasa y, entre los chillidos de las niñas, le susurré:

–¿Qué pretendes hacer con eso?

–No lo sé. ¿Qué quieres que haga?

–Desde luego, no quiero que eso entre en casa.

–¡Chissst! –dijo con firmeza. Sus hijas pensaron que se dirigía a ellas y guardaron silencio–. Estás asustando a mis niñas –añadió con una sonrisa, como si todo estuviera en su sitio–. Vamos, niñas, no pasa nada.

Matka nos observaba desde su silla, cruzada de brazos, pero finalmente cogió el libro de cuentos de hadas y llamó a las niñas para que se sentaran en el suelo. Dobló en extremo la cubierta, para que el lomo crujiera.

–Ahora –dijo, lanzándonos una mirada y aclarándose la voz–, vamos a continuar donde lo dejamos. –Se lamió un dedo y

pasó lentamente las páginas–. La niñera checa preguntó en cada pueblo cómo podía engañar al diablo, pero, en realidad, solo tenía que escuchar su corazón y confiar en sí misma. Ella siempre tuvo la respuesta que buscaba…

–Tienes que deshacerte de esa piedra –susurré–. Está manchada con sangre alemana, si Matka llega a enterarse…

–¿Dónde? –respondió Dasa, sosteniéndola ahora delante de su rostro, cuidándose de no tocar la mancha húmeda de sangre y tratando también de ocultársela a Matka volviéndose de espaldas–. Creía que la sangre alemana se volvía negra cuando se derramaba.

–Has oído demasiadas historias de Matka –repuse.

Fui a buscar a la cocina un paño, envolví la piedra y la metí dentro de una olla.

–La enterraremos con el cadáver –añadí con un susurro, echando un vistazo a Matka mientras leía–. Tranquilízate, hermana. Con solo ver tu cara, los alemanes nos podrían arrestar.

Dasa se llevó las manos al rostro, arrastrando sus mejillas hacia abajo. Luego, recuperó la calma y reprimió los gimoteos de su boca.

–Y lávate las manos –murmuré, fijándome en la mancha de sangre que aún tenía en la piel. Ella trató de limpiarse con el delantal–. Prueba con un poco de agua.

–No puedo. Las cañerías están atascadas.

–¡Mamá, mamá! –chilló Ema desde los pies de Matka.

Fui a sentarme con ella y la subí en mi regazo mientras Dasa atendía al bebé, que se había despertado de la siesta. Nos acurrucamos en el suelo, sentadas alrededor de Matka mientras leía, escuchando cuentos de reyes, demonios y doncellas. Al mismo tiempo una Hermana Brown muerta yacía en el granero y la piedra con la que Dasa la había matado estaba metida en una olla en la cocina.

No podía cerrar los ojos. Me daba cuenta de que, tarde o temprano, deberíamos contarle lo que había ocurrido a Matka. Sentía la urgencia de deshacerme del cadáver tan rápido como fuera posible, pero también estaba nerviosa porque era

consciente de que deberíamos esperar hasta que cayera el sol. Seguramente, ahora, las moscas se reunían alrededor de su cuerpo, intentando alcanzar el manto negro, tratando de llegar a ella mientras el sol calentaba el día.

Matka dejó de leer y, al abrir los ojos, me encontré con los suyos. Desvié la mirada hacia Dasa –creyendo que estaría pensando lo mismo que yo, es decir, que no podíamos ocultárselo– y todas las niñas se dieron la vuelta preguntándose qué ocurría. Volví los ojos hacia los rizos del pelo de Ema y la abracé, esperando que Matka reanudara la lectura.

Entonces, se aclaró la garganta, haciendo crujir el lomo del libro.

–Y la doncella se escabulló dentro de la oscura casa, sintiendo los ojos del diablo en su espalda… –prosiguió, antes de que un golpe en la puerta nos sorprendiera.

Miré por encima de mi hombro a Dasa.

–¿Esperas a alguien? –pregunté, pero ella negó con la cabeza.

La hija de Dasa, Brigita, se levantó para abrir la puerta, pero la agarré por el codo.

–Quieta –grité con la voz apagada.

Se escuchó otro golpe. Entonces, chasqueé los dedos para que todas las niñas fueran a esconderse al dormitorio de atrás. Brigita cogió al bebé de los brazos de mi hermana y desapareció por el pasillo. Nos quedamos las tres solas en el salón. Contuve la respiración. Matka seguía en su silla y Dasa intentaba asomarse por la ventana.

–¡Gracias a Dios! –exclamó Dasa, agachando la cabeza y dejando escapar un suspiro.

–¿Quién es? –pregunté.

–El señor Ott –respondió Dasa, respirando con alivio–. El que vive al final de la calle. –Se aproximó a la puerta para dejarlo entrar–. Antes le pedí…

–¿Qué crees que haces? –dije, acercándome a ella para detenerla.

–Es el señor Ott –repitió–. Antes le pedí que se acercara un momento para que echara un ojo a las tuberías.

–Es alemán, Dasa.

Golpearon la puerta de nuevo, ahora, con fuerza.

Toc, toc.

Matka se levantó, dejando caer el libro al suelo.

–Malditos alemanes, no puedes fiarte de ninguno de ellos –dijo, señalando la puerta con uno de sus dedos nudosos–. No le dejes entrar. Su mujer es un demonio. Y mientras esté casado con ella, él no es mejor. Son nazis, alemanes. Alemanes nazis. Es lo mismo.

–Pero él es distinto –arguyó Dasa.

Cuando nos mudamos a Tábor, mis padres trabaron amistad con el señor Ott; sin embargo, las cosas habían cambiado entre ellos. Mi padre abrió un local para reparar relojes en el pueblo y, cuando se negó a dejar de hacer negocios con los judíos, las autoridades lo mandaron a trabajar a las minas de carbón. Entonces, tras robar algo de carbón para entregárselo a sus amigos judíos, que tenían prohibido comprarlo por su cuenta, lo arrestaron. Se rumoreaba que la señora Ott había recibido una recompensa por el soplo. Por eso, no podía creerme que Dasa le hubiera pedido ayuda al señor Ott para reparar las tuberías.

Volvieron a llamar a la puerta y me arrimé a Dasa.

–¿Quieres saber cómo ha llegado el Tercer Reich a tu granja? Tal vez él lo sepa –susurré.

Dasa sacudió la cabeza. Su mirada iba y venía de la puerta a la sombra del señor Ott, que podía entreverse a través de las cortinas cerradas. Y por entre uno de los repliegues de la tela el señor Ott pudo divisarla a ella.

–*Hallo?* –dijo, golpeando de nuevo la puerta–. ¿Necesitas que te ayude con las tuberías?

Cerré los ojos.

–Tengo que contestar –dijo Dasa–. Sabe que estoy en casa.

Se alisó el delantal y se apretó bien el nudo.

–Algo no anda bien –soltó Matka con una mueca–. Y no sé de qué se trata.

–Dios, Matka. ¿Cuándo fue la última vez que las cosas anduvieron bien? –respondí.

Eso pareció tranquilizarla y, sin dejar de mirar la puerta, me eché el pelo hacia atrás, intentando aparentar normalidad.

–De acuerdo, contesta.

Dasa se dispuso a abrir la puerta y Matka se sentó de nuevo en la silla, con el libro encima de su regazo, observándonos, analizándonos y escudriñándonos con la mirada.

El señor Ott atravesó la puerta con sus herramientas, aparentemente listo para realizar su cometido, cuando se percató de que Dasa no estaba sola.

–Oh, hola –saludó sorprendido.

–Estoy con mi madre y mi hermana –dijo Dasa, señalándonos brevemente con el dedo.

Se produjo un silencio muy incómodo, en el que el señor Ott y Matka se quedaron mirándose a los ojos. Matka se levantó otra vez, pero, ahora, se cruzó de brazos.

–¿Cómo está tu mujer? –preguntó sin separar los dientes.

–Está bien… bien… –respondió el señor Ott, apartando la mirada hacia el suelo, donde había dejado sus herramientas.

La tensión era evidente, densa, pesada. Matka se quedó mirándolo sin siquiera pestañear.

–Mamá –dijo Dasa–, no creo que esto sea oportuno.

–No hay problema –respondió el señor Ott.

Entonces, se volvió hacia nuestra madre y la llamó por su nombre de pila.

–¡Señora Novakova! –corrigió mi madre–. Ese es mi nombre para usted. Es posible que mi marido esté muerto, pero sigo siendo su esposa.

El señor Ott se disculpó de inmediato.

–Lo que ocurriera entre usted y mi esposa es una lástima, pero no tiene nada que ver conmigo. Yo era amigo de su marido. Era un buen hombre –añadió, agachando la cabeza.

Y ese pequeño reconocimiento pareció ser suficiente para satisfacer a mi madre, al menos, mientras se encontrara en casa de Dasa para ayudarla a reparar las tuberías.

Dasa corrió la cortina de debajo del fregadero para mostrar las tuberías rotas y el señor Ott colocó las herramientas en el

suelo. Mientras yo cubría los pedazos de pan del día anterior y recogía los granos de pimienta, él evaluaba los daños. Dasa había dispuesto en la encimera los preparativos para la sopa de pan de esa noche.

Observamos de cerca y en silencio el desempeño del señor Ott con los brazos cruzados. Murmuró algo en alemán para sí mismo y las tres intercambiamos una mirada. Hablar y entender el alemán era otro de nuestros secretos, uno que guardábamos con mucho celo, como la mayoría de los checos con dos dedos de frente.

–Disculpe, ¿qué ha dicho? –pregunté.

–Nada, señora –respondió–. No quiero que me escuche blasfemar, por eso hablo en alemán. ¿Le molesta?

–En absoluto –contesté–. Tampoco lo entendemos.

Me reí para mis adentros –ignorantes mujeres checas– y cuando siguió con sus murmullos las tres nos inclinamos para escuchar hasta la última palabra en alemán que pronunciaba.

–Arregla esto –dijo en alemán, recuperando supuestamente una conversación anterior–. Arregla aquello y esto otro. –Miró de soslayo la llave inglesa que tenía en la mano–. No están mal estas herramientas, pero son caras.

Luego, nos miró y fingimos que no teníamos la menor idea de lo que había dicho.

–¿Le apetece un vaso de leche? –preguntó Dasa.

Al recibir un signo de afirmación, se dirigió a la nevera.

–Vaya, se nos ha acabado –exclamó sin siquiera abrir la portezuela–. Lo siento, me acabo de acordar –añadió con una sonrisa boba–. Puede quedarse a comer sopa de pan.

–Muchas gracias, pero no puedo –respondió.

Por dentro, suspiré de alivio. No se quedaría a comer, aunque era costumbre preguntarlo. Si Dasa no lo hubiera hecho, habría levantado alguna sospecha. Mientras manipulaba sus herramientas, el señor Ott miró hacia el pasillo como si hubiera oído algún ruido.

–¿Están las niñas en casa?

–¡No! –chilló Dasa, intentando no dejarse llevar por el pánico–. Es decir…

Matka la interrumpió.

–Han ido a visitar a mi hermana –dijo–. Están en Praga.

–¿Es eso cierto? –preguntó con la cabeza metida debajo del fregadero, sin poder vernos.

–Así es.

Matka se dio la vuelta e hizo un ademán para que nos acercáramos. Cuando estuvimos apiñadas, señaló una de las herramientas del señor Ott que yacía en el suelo de la cocina y tenía una inscripción grabada en el mango. Me tapé la boca. «Señor Bilek». Era un buen hombre, un hombre amable. Antes, no hacía mucho tiempo, era dueño de un taller mecánico, pero un día desapareció y en su lugar apareció un alemán. Ver su nombre me hizo hervir la sangre, aunque también me produjo cierta tristeza. Dasa parecía visiblemente disgustada y se giró hacia la pared.

El señor Ott salió de debajo del fregadero para probar el grifo.

–¡Todo arreglado! –dijo con una sonrisa.

Parecía orgulloso, pagado de sí mismo, pero cuando empezó a limpiar sus herramientas un chorro de agua brotó de la tubería y empapó sus pantalones.

–¡Mierda!

Se metió de nuevo debajo del fregadero y usó un trapo para detener la fuga. De pronto, cogió la olla de la encimera y, antes de que pudiera reaccionar, sacó la piedra y se la dio a Dasa, que parecía dispuesta a lanzarla por la ventana sin pensar.

–Ya está –dijo, añadiendo algunas palabrotas que creía que nadie más entendía. Luego, golpeó un par de veces la tubería y colocó la olla debajo–. Arreglado. Será mejor que dejen esa olla ahí unos días, solo por si acaso.

Respiraba con dificultad.

Dasa asintió, casi incapaz de articular palabra.

–Gracias, señor Ott –logró decir, mirándome a mí.

Apenas tenía fuerza para mantener la piedra cubierta con

el trapo de cocina, pero Matka acudió en su rescate y cogió la piedra ella misma.

–Sí, sí… –dijo, mirándome mientras se apresuraba en despachar al señor Ott y recoger la casa–. Ha sido usted de gran ayuda. Me alegro de verlo. No le dé recuerdos a su mujer porque sé que ella tuvo algo que ver con el arresto y la muerte de mi esposo –añadió con una sonrisa.

El señor Ott parecía confundido. Matka tenía el don de rebanarte la garganta y dejarte tan perplejo que todavía eras capaz de preguntarte por qué estabas sangrando.

–Es hora de que se vaya –dijo, entregándole una cesta con algunos huevos que Dasa había recogido como pago–. Hala, adiós.

Y así fue como despidió al señor Ott desde el umbral, sosteniendo la piedra bajo el brazo. Después de cerrar la puerta, se dio media vuelta con los ojos entrecerrados.

–Ahora –dijo–, será mejor que me contéis qué está ocurriendo.